



FUE CONCEBIDO POR OBRA Y GRACIA DEL ESPÍRITU SANTO

Y NACIÓ DE STA. MARÍA VIRGEN

**3ª Reunión de la Comunidad Cristiana Ntra. Sra. del Recuerdo.
Diciembre 2018**

INTRODUCCIÓN

Reanudamos este mes, coincidiendo con la conmemoración del Nacimiento de Jesús que la Iglesia celebra con la fiesta de la Navidad, la reflexión y profundización sobre el Credo que ya iniciamos el año pasado buscando dar respuesta a qué supone la confesión de fe que proclamamos, e intentando ver si lo que se entendía en los primeros momentos de su elaboración y quedó recogido en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, se sigue entendiendo igual ahora.

Seguimos teniendo como referencia los temas que la Comunidad utilizó en los años 2008-2009, a los que es fácil acceder a través de la página Web de la Comunidad.

Proponemos la lectura del libro Confío de J. I. González Faus, pags 70-80, que hace una interpretación teológica actual de este tema, así como otras interpretaciones teológicas recogidas en el Anexo que aportamos, que corresponden a los teólogos Sesboüé y Schneider y que ya estaban recogidas en el tema de Enero de 2009. Creemos que pueden ayudar a resolver las dudas que sigan surgiendo.

PRESENTACIÓN DEL TEMA

La Iglesia confiesa que Jesucristo, Nuestro Señor, *"fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen"* (Símbolo de los Apóstoles).

Confiesa igualmente que Él es *"Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero..."*,... *"qué por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo, por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre"* (Credo niceno-constantinopolitano).

Se trata de la tradición de fe de la Iglesia, en la que nosotros nos insertamos por el sacramento del bautismo y que cada domingo proclamamos como elemento nuclear del contenido de nuestra fe común. ¿Cómo podemos hoy entender esto?, ¿cómo podemos confesarlo, no sólo con la boca, sino también con la mente y el corazón?

II. PUNTOS PARA ORAR, REFLEXIONAR Y COMPARTIR

JESÚS, DIOS ENCARNADO

"Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina" (Ef 2,18; 2Pe 1,4)"

Por eso, **Juan** en el Prólogo de su Evangelio nos **presenta a Jesús como la Palabra que "existía desde el principio, estaba junto a Dios y era Dios"** (Jn 1, 1). Esa Palabra se hace hombre, se encarna en el hombre concreto Jesús de Nazaret, por nosotros y para nosotros, de manera que en Él, en su predicación y en su ejemplo, podemos reconocer la "luz verdadera que alumbra a todo hombre" (Jn 1, 9). Y es que –reafirma el cuarto Evangelio– "la Palabra se hizo hombre, acampó entre nosotros y contemplamos su gloria, gloria de Hijo único del Padre, lleno de amor y lealtad" (Jn 1, 14). "De su plenitud todos nosotros recibimos, ante todo un amor que responde a su amor" (Jn 1, 16).

Los cristianos, desde los apóstoles y los primeros discípulos y discípulas, **seguimos a Jesús de Nazaret**, que predicó e hizo presente entre los hombres el Reinado de Dios. Vamos tras Él porque en sus palabras hay vida eterna (Jn 6, 68). Sabemos que fue perseguido, condenado y crucificado por las autoridades judías y romanas, pero también que Dios lo resucitó de la muerte (Hch, 13, 30) y que "nos asoció a su resurrección por la fe en la fuerza de Dios que lo resucitó a Él de la muerte" (Col 2, 12).

Confesamos que en Jesús es "en quien habita realmente la plenitud total de la divinidad" (Col. 2, 9). Por eso le reconocemos como "Mesías, Hijo de Dios" (Mc.1,1) y confesamos "un solo Señor, Jesús Mesías, por quien existe el universo y por quien existimos también nosotros" (I Cor, 8, 6).

La Encarnación de Dios en Jesucristo es, pues, junto a la Resurrección, el centro del misterio de Cristo, un misterio de amor y de revelación de Dios. En realidad, "a Dios nadie lo ha visto; es el Hijo único, que es Dios y está al lado del Padre, quien lo ha explicado" (Jn 1, 18).

No cabe duda. La fe y la experiencia pascual nos abren los ojos para reconocer en Jesús al mismo Dios. Dios nos salva, no por la observancia de la Ley, sino por la fe en Jesucristo (Gal 2, 16). Una fe, en todo caso, que nos transforma y exige de nosotros, cuando menos, humildad y amor al otro (Fil 2, 3-4).

Todos los escritos del Nuevo Testamento centran nuestra mirada en este núcleo fundamental del Misterio de Cristo: encarnación-vida-muerte-resurrección.

Concebido por obra del Espíritu Santo

En el Credo decimos *"fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo"*. Esto no ha de entenderse en un sentido biológico o en un momento cronológico puntual, sino en todo su ser a lo largo de su vida. Jesús fue el portador del Espíritu, el que fue conducido por el Espíritu, el que en la Cruz entregó su Espíritu al Padre y a los hombres.

Cuando María objeta al plan de Dios mencionando su virginidad, el ángel le asegura la asistencia del Espíritu de Dios: le promete su presencia y una actuación creadora; y porque está llena de su Espíritu, la Virgen concebirá a Dios.

Toda mujer y todo hombre están llamados a encarnar a Dios. Todo nacimiento es por obra del Espíritu Santo. Ningún nacimiento, ninguna concepción, fecundación (ya sea de modo natural, ya en laboratorio debido a los avances de la ciencia) es posible si Dios no lo quiere, si el Espíritu Creador no actúa.

En el relato del Evangelio de Mateo referente al nacimiento y la infancia de Jesús (Mt 1, 18- 2, 23) es evidente la intención de poner en relación ese acontecimiento con diversas profecías mesiánicas, siendo quizá la más importante de las mismas la relativa a la concepción y el parto del Mesías por parte de una virgen (Mt 1, 18-25). A partir de ahí se entiende la narración de las dudas de José, la visita del ángel y su afirmación de que el niño que María ha concebido en su seno *"viene del Espíritu Santo"* (Mt 1, 20).

Este tema de la concepción virginal está también presente en Lc 1, 34-37. El ángel anuncia a María: *"El Espíritu Santo bajará sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso al que va a nacer lo llamarán Consagrado, Hijo de Dios"* (Lc 1, 35). Por cierto, Lucas añade una suerte de *"justificación"*: *"nada es imposible para Dios"*, que parece una cita del relato del nacimiento tardío de Isaac en Gn 18, 14.

Por lo demás, la Iglesia ha incluido la concepción virginal de Jesús en las más antiguas confesiones de fe. Desarrollado sobre todo desde principios del siglo III, se encuentra afirmado por los Padres de la Iglesia ya incluso desde Ignacio de Antioquía, a comienzos del siglo II.

Siguiendo con nuestra intención de conocer nuevos aportes de la teología, os recomendamos la lectura del libro **Confío, pgs. 70-76 y el Anexo.**

Nació de María Virgen

La encarnación es el gran misterio del Amor de Dios a los hombres, y es la única forma que ha encontrado Dios para, de una vez por todas, entrar en este mundo. Si hoy no lo hacemos visible tendremos que preguntarnos si no le estaremos fallando, pues somos los llamados a encarnarlo en el mundo de hoy, a abrirle nuestro corazón para que en él encuentre cobijo.

Confesamos que Jesús es hombre verdadero, nacido de mujer, como todo hombre, es decir que su nacimiento no fue un acontecimiento “milagroso” y singular. Lo realmente extraordinario y misterioso es que Dios se hiciera hombre, compartiera nuestra limitación y nuestra pequeñez. “En todo semejante a nosotros menos en el pecado”. Verdadero Dios y verdadero hombre, nacido de María para hacer posible nuestra redención. Hoy nosotros estamos también llamados a acoger, concebir, encarnar a Dios como lo acogió, lo concibió y lo encarnó María.

En el Anexo presentamos un resumen de las distintas interpretaciones que sobre este tema se han hecho en la teología. Completamos la reflexión de este punto con la lectura del libro, *Confío*, (pg. 77—80).

María en el Credo

María es el segundo nombre propio presente en el Credo. Jesús nació de María, de mujer, de madre.

El Concilio Vaticano II, en su Constitución *Lumen Gentium*, sitúa a María en el misterio de la salvación, en el cual tiene su puesto privilegiado, como Madre del Redentor. Al mismo tiempo, por su colaboración en la obra del Hijo es justamente la madre de todos nosotros en el orden de la gracia, y por su aceptación de la divina Palabra en la fe y en la obediencia, es el prototipo y modelo de la Iglesia.

María, al aceptar el misterio y decir su “Fiat” pone en marcha el acontecimiento más grande y más importante de la humanidad. Dios, por medio de ella, se hace uno de nosotros, su maternidad nos abre el camino hacia Dios.

Por tanto el concilio Vaticano II está reconociendo a María como Madre de Dios, Madre nuestra y Madre de la Iglesia.

Libros de referencia:

- Theodor Schneider, *Lo que nosotros creemos. Exposición del símbolo de los Apóstoles*, Salamanca, Sígueme, 1991.
- Bernard Sesboüé, *Creer. Invitación a la fe católica para las mujeres y los hombres del siglo XXI*, Madrid, San Pablo, 2000.
- J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 1987.

III LA REUNIÓN

3.1 Cuestiones para reflexionar y compartir en el grupo

- 1.- Hoy nosotros estamos también llamados a acoger, concebir, encarnar a Dios como lo acogió, lo concibió y lo encarnó María. ¿Cómo lo puedes hacer realidad en tu vida?
- 2.- ¿Cómo piensas que podemos entender hoy la concepción virginal de María? ¿Crean algún problema a tu fe las diversas respuestas?

3.2 Oración para rezar juntos en la Reunión

Os proponemos un canto inicial siguiendo el link:

https://www.youtube.com/watch?v=fydY_xLSotI

A. Invocación inicial

Hoy miramos a María, Madre de la esperanza. María atravesó más de una noche en su camino de madre. Desde la primera aparición en la historia de los Evangelios, su figura emerge como si fuera el personaje de un drama.

No era simplemente responder con un "sí" a la invitación del ángel: sin embargo, ella, mujer todavía en la flor de la juventud, responde con valentía, no obstante, no sabía nada del destino que le esperaba. María en aquel instante se presenta como una de las tantas madres de nuestro mundo, valerosa hasta el extremo cuando se trata de acoger en su propio vientre la historia de un nuevo hombre que nace.

María no es una mujer que se deprime ante las incertidumbres de la vida, especialmente cuando nada parece ir por el camino correcto. Es una mujer que escucha, que acoge la existencia con sus días felices, pero también con sus tragedias que jamás quisiéramos haber encontrado. Hasta la noche suprema de María, cuando su Hijo es clavado en el madero de la cruz.

María está allí justamente en el momento crucial: cuando buena parte de los amigos han desaparecido por motivo del miedo. Las madres no traicionan, y en aquel instante, a los pies de la cruz. Ella estaba. Estaba allí, en el momento más feo, en momento cruel, y sufría con su hijo.

Por esto todos nosotros la amamos como Madre. No somos huérfanos: tenemos una Madre en el cielo: es la Santa Madre de Dios. Porque nos enseña la virtud de la esperanza, incluso cuando parece que nada tiene sentido: ella siempre confiando en el misterio de Dios, incluso cuando Él parece eclipsarse por culpa del mal del mundo.

En los momentos de dificultad, María, la Madre que Jesús ha regalado a todos nosotros, puede siempre sostener nuestros pasos, puede siempre decirnos al corazón: "Levántate. Mira adelante. Mira el horizonte", porque Ella es Madre de esperanza.

(Extracto de la *"Catequesis del Papa Francisco sobre la Virgen María, madre de la esperanza"*).

B. Lectura del texto bíblico: Anuncio del nacimiento de Jesús (Lucas 1:26-33)

"Al sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la familia de David; la virgen se llamaba María.

Entró el ángel a donde estaba ella y le dijo. "Alégrate, favorecida, el Señor está contigo". Al oírlo, ella se turbó y discurría qué clase de saludo era aquél. El ángel le dijo:

"No temas, María, que gozas del favor de Dios. Mira concebirás y darás a luz un hijo, a quien llamarás Jesús. Será grande, llevará el título de Hijo del Altísimo; el Señor

Dios le dará el trono de David, su padre, para que reine sobre la casa de Jacob por siempre y su reinado no tenga fin.”

C. Espacio de oración personal

Tiempo de silencio para interiorizar la palabra, y en su caso, libremente, oración en voz alta de los miembros que lo deseen.

D. Oración compartida

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

Lector: María, tú que fuiste sorprendida por la propuesta del Señor y por la manifestación de tu prima Isabel y, aun así, las escuchaste con profunda atención y humildad, intercede ante Dios por nosotros para que estemos atentos a su palpar en nuestro interior y a los signos que nos muestra durante toda nuestra vida.

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

Lector: María, tú que creíste en la promesa que el Señor te hizo, ruega a Dios por nosotros para que confiemos en la Buena Nueva que el Evangelio supone para nuestra vida.

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

Lector: María, tú que desde lo hondo de tu alma agradeciste vivamente al Señor todas sus bondades para contigo, intercede ante Dios por nosotros para que, humildemente, demos gracias a Dios en todo y por todo.

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

Lector: María, tú que aceptaste orientar toda tu vida conforme al deseo y a la voluntad de Dios, ruega a Dios por nosotros para que anhelemos la conversión de nuestro espíritu y amemos de corazón los mandatos del señor. .

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

Lector: María, ya que por las palabras de tu Hijo eres nuestra Madre, te suplicamos que intercedas ante Dios por nosotros, tus hijos, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Nuestro señor Jesucristo. .

Todos: *Madre de todos los hombres enséñanos a decir Amén.*

E. Oración final: Oración a María del Papa Francisco

María, mujer de la escucha, haz que se abran nuestros oídos; que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo Jesús entre las miles de palabras de este mundo; haz que sepamos escuchar la realidad en la que vivimos, a cada persona que encontramos, especialmente a quien es pobre, necesitado, tiene dificultades.

María, mujer de la decisión, ilumina nuestra mente y nuestro corazón, para que sepamos obedecer a la Palabra de tu Hijo Jesús sin vacilaciones; danos la valentía de la decisión, de no dejarnos arrastrar para que otros orienten nuestra vida.

María, mujer de la acción, haz que nuestras manos y nuestros pies se muevan “deprisa” hacia los demás, para llevar la caridad y el amor de tu Hijo Jesús, para llevar, como tú, la luz del Evangelio al mundo.
Amén.